CIUDADES MEXICANAS: UN PRESENTE CON PASADO

VICTOR JIMÉNEZ

Repletas de gente, no concebimos que Nueva York o Tokio sean ciudades de la misma clase que Babilonia, que ahora podemos examinar sólo por el relato de Herodoto. ¿Alguien se impresionó ante Uxmal, hace mil años, como nosotros hoy frente a Los Angeles? Seguramente sí. La existencia de cualquier ciudad es el resultado de un inestable equilibrio de condiciones económicas, políticas, culturales, y aun estratégicas... Los numerosos restos de ciudades extintas dispersos por todo el planeta nos recuerdan cuán precario puede ser, en ocasiones, el balance que permite su sobrevivencia.

En México podemos ver esas ruinas por todos los rumbos de nuestra geografía. Y aun bajo nuestros pies, en muchas de las ciudades que todavía habitamos, yacen los restos de civilizaciones extintas que alcanza-ron un alto grado de desarrollo urbano. No es necesario insistir, tal vez, en la violenta naturaleza de la incursión europea en el actual suelo mexicano a partir de la década de 1520... Pocos ámbitos como las ciudades experimentaron de manera tan aguda los efectos de tal episodio, y esto en dos vertientes: la destrucción de todas las antiguas ciudades habitadas de Mesoamérica (sólo subsisten las ruinas de aquellas que se encontraban abandonadas para entonces), por una parte, y la creación de numerosas poblaciones nuevas, ya fuese sobre los escombros de las anteriores o en lugares no habitados previamente, por la otra.

Los testimonios revelan que ambos casos resultaron devastadores para la población nativa. Los procesos de urbanización de este tipo, característicos de las empresas coloniales, implican tanto disposiciones de carácter estratégico (militar) como administrativo (facilitar el proceso de poblamiento con grupos trasplantados de una nación o una comarca a otra).

Es mucho lo que se ha escrito sobre esta fase de la urbanización colonial de México, pero es poco realmente lo que se ha aporta-do a partir de un conocimiento de los aspectos sociales y políticos decisivos involucrados en estas operaciones. Casi todo lo que puede encontrarse en esta literatura asume un tono apologético que no siempre se relaciona con los hechos históricos. Manuel Orozco y Berra, por ejemplo, ya puso en duda, desde el siglo xix, la pertinencia de asignar, como hicieron los colonizadores, títulos de villas y ciudades a poblaciones de muy modesta importancia. Y Edmundo O'Gorman, en 1938, llamó la atención sobre el proceso de segregación racial que acompañó esa forma de urbanización: un sector central de la ciudad con grandes caserones para la población europea, rodeado de miserables barrios de tugurios para los nativos, reducidos a la servidumbre: "Dice Bernal Díaz del Castillo que apenas ganada la Ciudad de México Hernán Cortés, quien al decidir de Pereyra vio la cuestión indígena con profundidad y la resolvió genialmente, se preocupó, después de tomadas las providencias higiénicas más urgentes, en señalar a los indios `en qué (parte) habían de poblar y qué parte habían de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros'. Esta frase contiene en esencia la

respuesta de los conquistadores al problema de su convivencia con la población indígena. Encierra el Principio de Separación."

O'Gorman define con idénticas palabras un término que el lector tal vez ha presentido ya, pero que sólo fue acuñado nueve años después de publicado el estudio del historiador mexicano. Dice la especia-lista Odette Guitard: "en 1948 (...) hacía su entrada en escena el régimen oficial que Africa del Sur denomina `desarrollo separa-do', pero que sigue siendo conocido con el vocablo apartheid, es decir, separación, aparecido en 1947".

En el caso del urbanismo colonial mexicano, precisa O'Gorman, es esencial el fenómeno de la traza: "consistía ésta en un plano regulador de la parte de la ciudad que se destinó para habitación de los españoles, en el que se fijaron las calles y manzanas y distribuyeron los solares entre los españoles que se avecindaron en ella. La traza comprendía un cuadro relativamente reducido y su límite de demarcación separaba la ciudad española de la ciudad india que se extendía rodeando a aquella". Todavía insiste O'Gorman: "En lo material la traza significa la reserva de una zona urbana para los europeos, con exclusión de los indígenas, quienes a su vez tienen su ciudad, también exclusiva."

No se debe imaginar que la zona segregada para la población blanca fuese equivalente a una ciudad europea: las casonas de los colonizadores no tenían la complejidad arquitectónica o funcional de un palazzo italiano o un hotel francés, que pudieron convertirse muy pronto en el prototipo de la célula básica del edificio multifamiliar de las metrópolis del Viejo Mundo. Los "palacios" coloniales mexicanos están más cerca de una forma de vida casi feudal, básica-mente rural, y su utilización como componentes de una ciudad moderna es casi imposible. En cuanto a las áreas reservadas a la población indígena (o mestiza), éstas quedaban libradas a su suerte, con calles y viviendas que configuraban un medio urbano —físico y social— del que aún se conservan valiosos testimonios. La periferia de muchas poblaciones reflejaba vivamente la situación que O'Gorman identificó en el origen de nuestras ciudades. Desiré Char-nay (a quien ya he tenido oportunidad de citar en las páginas de esta revista), por ejemplo, describía así su llegada al valle y la Ciudad de México en 1857:

En todas las direcciones se ven pueblos, quintas, lagunas; un panorama espléndido... Pero, ¡ay!, uno baja, y la ilusión se desploma, los colores se borran y el espejismo se desvanece.

En lugar de la fértil llanura, de las verdes palmeras que nos esperaban, de los lagos encantados cubiertos de chinampas en flor, el agobiado viajero sólo atraviesa llanos agostados y estériles; el paisaje se vuelve opaco y triste, a cada paso el hechizo se disipa. La aldea está en ruinas, la palmera es chaparra y mezquina, el lago un pantano fangoso y maloliente, infestado de moscas.

"La entrada a la ciudad de México es la de un arrabal: nada hace esperar una gran ciudad. Las calles son sucias, las casas bajas, los habitantes andrajosos..." Agrega algunos detalles sobre estos barrios y sus mora-dores: "El pueblo de la ciudad de México se compone de mestizos de todos los colo-res, y de algunos indios que proporcionan al comercio los sirvientes masculinos y femeninos, los cargadores y los aguadores. Los barrios son un hervidero de mujeres y niños harapientos, con ínfimas chozas de las que escapan olores mefíticos. Estos seres, agobiados por las enfermedades y con los cabellos hirsutos, ofrecen el aspecto de una población consumida por el mal aire, la mala alimentación y el vicio. Frecuentemente, a la puerta de su covacha, una mujer acurrucada

sostiene entre sus faldas la cabeza de un niño; parecería esforzarse, aunque en vano, por defenderse de la fecundidad de la población parásita que la consume; un soldado, a veces, disfruta de ese dulce privilegio."

Al discutir Charnay el número de los habitantes de la Ciudad de México cree necesario hacer una precisión que los economistas y sociólogos de hoy podrían encontrar pertinente:

"Aceptando los doscientos mil habitan-tes de la ciudad de México, empero, ¿no sería más útil señalar cómo está integrada esta población? ¿No sería necesario advertir al emigrante o al hombre de negocios que sobre esta cifra de doscientos mil, que constituye en Europa una gran ciudad para efectos de consumo, no hay en la ciudad de México más que unos veinticinco o treinta mil individuos que consumen? El resto se compone de léperos, pordioseros, criados, ladrones y personas sin oficio alguno, sin medios de subsistencia y que viven al día, y viven sólo a expensas de la comunidad."

Con anterioridad a Charnay, en 1833, el arquitecto alemán Eduard Mühlenpfordt, quien vivió un lustro en nuestro país, veía la Ciudad de México desde lo alto de la catedral y coincidía con su célebre paisano:

"Humboldt tiene razón. No son sus edificios y monumentos, y yo añado que tampoco la regularidad y anchura de sus interminables calles, la razón de que México produzca esa grandiosa impresión... En realidad, no es la obra efímera de los hombres, sino la de Aquél que de la nada hizo el mundo: lo sublime y majestuoso de esa digna e incomparablemente espléndida naturaleza que rodea a la ciudad..."

Mühlenpfordt se dejaba seducir por la vista de las montañas, pero no por el aspecto de las residencias de la capital, que "en general no es puro ni de buen gusto". Encuentra que "la mayoría de los frentes están pintados

sin ningún gusto con colores chillones

—rojo, azul, amarillo, verde, naranja—..." Otra observación suya anticipa lo que Charnay advertirá, un cuarto de siglo más tarde, como rasgo distintivo de la capital:

"Más sucios todavía que la ciudad propiamente dicha, e incluso miserables, son los suburbios, llamados también barrios. El viajero que por primera vez llega a la ciudad de México apenas puede creer que realmente se encuentra en la famosa y rica capital de la Nueva España, ese supuesto El Dorado. Las calles son angostas, y a menudo sin empedrar, llenas de basura e inmundicias. Las casas son pequeñas, bajas, he-chas de adobe, y a menudo sin el más mínimo arreglo. De las puertas y ventanas abiertas emanan vapores malolientes que apestan el aire que respiran sus harapientos habitantes... Estos barrios son auténticos refugios de vicio, verdaderas cuevas del crimen. Ni siquiera durante el día es recomendable caminar por ellos desarmado, no obstante que los guardias de la policía recorren de día y de noche y a caballo tanto las calles de los suburbios como las de la ciudad. Este personal puede evitar algunos crímenes, pero no mucho más."

Sólo la costumbre de contemplar nuestro pasado de manera edulcorada explica que testimonios como los anteriores sean vistos por algunos como una conspiración antiamericana. Sin embargo, a la luz de lo que son ahora las ciudades mexicanas es evidente que no se puede negar verosimilitud a las observaciones de Charnay y Mühlenpfordt: el aumento de la población de nuestro país sólo podía elevar a proporciones épicas el viejo desastre descrito por ellos.

Aunque es más fácil advertir el procesode extinción de una pequeña población (algo frecuente en México a lo largo de la época colonial y aún en los siglos XIX y XX:

son muchas las que podrían servir de modelo a la Comala de Rulfo), tampoco es difícil ver, tras la decadencia de vastas áreas de nuestras grandes ciudades —los centros históricos, cuya sobrevivencia aun como escenografía es cada día menos viable, son buen ejemplo de esto—, una forma más dilatada de agonía de las mismas. Algunas ciudades se convierten en ruinas de golpe —tras una guerra, por ejemplo—; otras lo hacen de manera paulatina, casi imperceptible...

Blade Runner anticipó el paisaje que ahora se extiende en vastos sectores de la ciudad de México. Como un interminable patchwork (impresión que los extranjeros perciben aún con gran claridad), la capital exhibe por todas partes barrios idénticos a los descritos por Mühlenpfordt y Charnay, sólo que hoy —¿podría haber sido de otra manera?— infinitamente más extensos, interrumpidos aquí y allá por nuevas ediciones de la traza de O'Gorman, ahora transfigurada en fraccionamientos y conjuntos residenciales de mayor o menor lujo. Esta singular convivencia, bajo el ya secular Principio de Separación, no excluye (sino exige, tal vez) esa tierra de nadie integrada por vastas áreas en proceso de despoblamiento y ruina. Algunas de éstas suelen preocupar a ciertos amantes de nuestras ciudades que han decidido enfrentar el deterioro urbano: los mencionados "centros históricos" son sin duda la causa más popular en este renglón. Pero no son muchos quienes, movidos por esta inquietud, pueden identificar este deterioro allí donde adquiere su dimensión más dramática: si la "ciudad propiamente dicha", como la identificó Mühlenpfordt, no despertaba su entusiasmo como arquitecto (y tal vez tampoco el de nosotros), los terribles barrios que él y Charnay vieron extenderse alrededor de la capital del país todavía son, sin discusión, la presencia más viva del pasado que podemos encontrar en las ciudades mexicanas de hoy. En cualquier caso, la recomendación de Mühlenpfordt sobre estos barrios aún es digna de tomarse en cuenta: "ni siquiera durante el día es recomendable caminar por ellos desarmado"